

Ricardo III, 1483. Enrique VII, 1485. Enrique VIII, 1509. Eduardo VI, 1547.

Maria I, 1553. Isabel I, 1558. Jacobo I, 1603. Carlos I, 1625.

Crómwell, 1653. Carlos II, 1660. Jacobo II, 1685. Guillermo III y Maria II, 1689. Ana I, 1702.

Jorge I, 1714. Jorge II, 1727. Jorge III, 1760. Jorge IV, 1820.

Guillermo IV, 1830. Victoria I, 1837. Eduardo VII, 1901. Jorge V, 1910.

REYES DE INGLATERRA DESDE RICARDO III HASTA JORGE V

**La fecha que se lee a continuación del nombre de cada rey expresa el año en que comenzó su reinado.**

## INGLATERRA DESDE LOS TUDORES HASTA NUESTROS DÍAS

ESTAS páginas nos refieren la historia de la Gran Bretaña desde el advenimiento de la dinastía Tudor hasta la época actual. En tiempo de la citada dinastía, se inició realmente el gran progreso que más tarde llegó a alcanzar Inglaterra, al cual contribuyeron la afluencia de elementos extranjeros, que desde la época normanda venía siendo incesante, y los descubrimientos que en sus expediciones hicieron los navegantes. A los Tudores siguieron los Estuardos, cuya, época es la más agitada de la historia de Inglaterra. Creían estos monarcas que el soberano obraba siempre bien haciendo su voluntad, y gobernaron como si la Carta Magna jamás hubiese existido; volvió la antigua tiranía y el rey holló los derechos y libertades del pueblo. Pero éste, que no estaba dispuesto a perder sus privilegios, los defendió con denuedo; y la lucha que se entabló entre el rey y sus súbditos, dió el triunfo a éstos, acaudillados por Cromwell, que hizo rodar en el cadalso la cabeza de Carlos I. Siguieron once años de república, al cabo de los cuales fué restaurada la abatida dinastía; pero el mal gobierno de los últimos Estuardos abrió el camino a la revolución, que dió el trono de Inglaterra a Guillermo III de Orange. A la muerte de su cuñada Ana, hija del último rey Estuardo, entró a reinar la casa de Hannover, a la cual pertenece el rey actual. De esta época son los dos reinados más largos de la historia inglesa: el de Jorge III, tumultuoso como pocos, y el de la reina Victoria, que marca el cenit del progreso y del engrandecimiento del imperio británico. Los veinte últimos años han sido para Inglaterra de recelo y de previsión contra una rival terrible, dispuesta a disputarle la hegemonía del mar y abatir su poderío, hasta que al fin ha venido a empeñarse en una guerra espantosa, que, en virtud de alianzas y contraalianzas ha alcanzado a casi todas las naciones de Europa, y cuyo resultado es difícil de prever.

# LOS TUDORES, LOS ESTUARDOS Y EL APOGEO DEL IMPERIO BRITÁNICO

EL reinado de Enrique VII, cuyo casamiento con Isabel de York, hija de Eduardo IV, dió fin a la cruenta guerra de las Dos Rosas, señaló el principio de una nueva era en la historia de Inglaterra. Los antiguos barones, aquellos famosos nobles que, aun siendo odiosos y aborrecibles a veces, laboraron por el pueblo, arrancando a los reyes carta tras carta y promesa tras promesa, obligándoles a convocar Parlamentos y a promulgar leyes justas, habían perecido casi todos en la fratricida lucha; sus sucesores no osaron resistir el carácter determinado y resuelto de los Tudores.

Enrique VII, hombre dominado por insaciable avaricia y cuyas necesidades de gobierno fueron grandes, hizo al pueblo continuas demandas de dinero, y a tal punto llegaron sus exacciones, que acabó por provocar el general descontento. Comprendiendo que no podía acometer ninguna empresa de orden interior si lanzaba al país a nuevas guerras, procuró mantener cordiales relaciones con Escocia y con España por medio de alianzas matrimoniales; y así casó a su hija Margarita con Jacobo IV de Escocia, y a su hijo mayor con la infanta española Catalina de Aragón.

No tardó en echarse de ver en Inglaterra el resultado de esta prudente política. La afluencia de soldados, viajeros, comerciantes, artífices, hombres de ciencia y sabios escritores extranjeros, que desde el tiempo de los normandos acudían a las Islas Británicas, fué cada vez mayor, y ello contribuyó a que en él se infiltrase el espíritu sutil del Renacimiento, que irradiando de Italia se extendía por Europa; a que sintiese también ansias de descubrimientos, y así, zarpasen de Bristol navegantes tan intrépidos y audaces como los hermanos Cabot, con destino al Nuevo Mundo, recientemente descubierto por Colón; y a que, en fin, se prestase más atención cada día a las ideas de reforma religiosa, que, desde la traducción que Wiclef había hecho de la Biblia, venían abriéndose camino en Inglaterra.

ENRIQUE VIII Y LA IGLESIA

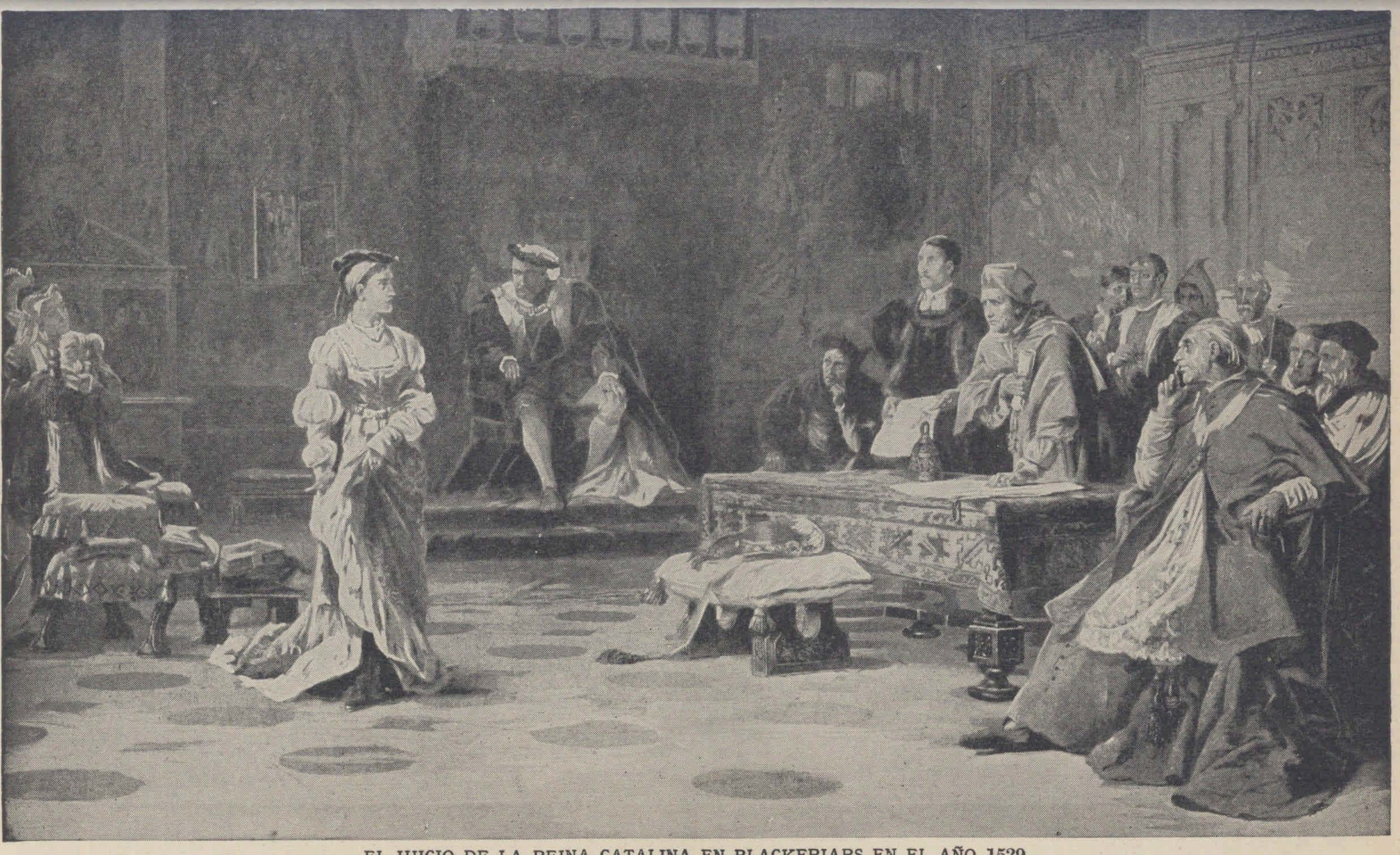
El príncipe Arturo, esposo de Catalina de Aragón, murió antes que su padre, y éste resolvió casar a la joven viuda con su segundo hijo Enrique. Consultado sobre el caso el papa Julio II, concedió la dispensa necesaria, y poco después se celebró aquel enlace, cuya trascendencia había de ser inmensa para Inglaterra y aun para toda la Europa católica. Enrique VII bajó al sepulcro muy pocos años después, dejando el trono a su hijo.

Tres lustros llevaba ya Enrique VIII rigiendo los destinos de Inglaterra, cuando comenzó a manifestarse cansado de su esposa, y habiéndose prendado de Ana Bolena y no reconociendo otra ley que su capricho, pretendió que el papa anulase su matrimonio, que a él le convenía considerar incestuoso. Clemente VII se negó a hacerse cómplice de aquella enormidad; y entonces Enrique, dispuesto a lograr su deseo a toda costa, no halló mejor expediente que erigirse en jefe de la Iglesia de Inglaterra, substrayéndola a la autoridad del papa. Enrique VIII, que sobre tener talento, poseer vasta instrucción y ser de suyo hombre enérgico y resuelto, había heredado los cuantiosos tesoros reunidos por su padre y gobernaba un reino dócil a su voluntad, no tuvo que hacer grandes esfuerzos para conseguir que el Parlamento sancionara su conducta y obligar al clero inglés a considerarle como cabeza de la Iglesia de Inglaterra, independiente del papa.

Dado así el primer paso, no se detuvo ya Enrique en el camino de la tiranía. Emprendió terribles persecuciones contra los que negaban su autoridad religiosa; abolió los monasterios; los monjes, acusados de cometer todo género de infamias, fueron expoliados y sus bienes pasaron a engrosar el caudal de la corona; y no pocos prelados pagaron con la muerte su fidelidad a Roma. Y lo peregrino del caso es que Enrique, al rechazar la autoridad pontificia, no abjuró de sus ideas religiosas: seguía conceptuándose «*defensor de la fe*», título que el papa le había dado, y con el mismo ahinco con que perseguía a los católicos que osaban permanecer fieles a éste, persiguió a los luteranos que, aprovechando tan propicias circunstancias, pretendían implantar la Reforma protestante en Inglaterra.

Enrique VIII no tuvo consideración con nadie; y la conducta que observó con sus mujeres y con sus ministros cuando éstos no se prestaron a ser instrumentos suyos, nos da cuenta cabal de su crueldad nativa. Cansado muy pronto de Ana Bolena, la acusó de incestuosa y la hizo decapitar para casarse con Juana Seymour; muerta ésta al dar a luz al futuro Eduardo VI, contrajo cuartas nupcias con Ana de Cléveris, de la cual poco tardó en divorciarse; su quinta mujer, Catalina Howard corrió la suerte de Ana Bolena, y en poco estuvo que a Catalina Parr, su sexta y última esposa, no le ocurriera lo mismo por disentir de él en materia religiosa. El cardenal Wolsey, hombre que gozó de toda su confianza y a quien había colmado de honores y riquezas, cayó en desgracia por haberse manifestado contrario a su casamiento con Ana Bolena, y en sus últimos días, dice que se lamentaba de esta suerte: «Si yo hubiera servido a Dios con tanta diligencia como he servido a mi rey, no me habría abandonado en mi vejez». Tomás Moro, uno de los más notables eruditos de la época, autor de la famosa *Utopia*, fué canciller y dispuso de la amistad y valimiento del rey; mas no habiendo querido traicionar su conciencia en la cuestión del divorcio y de la supremacía, perdió todo su poder y acabó su vida a manos del verdugo. En fin, Tomás Cromwell, hombre de humilde origen, que por obra y gracia del monarca llegó a ser el árbito del reino y gestionó el casamiento de su señor con Ana de Cléveris, pagó esta intervención con la vida cuando Enrique repudió a su cuarta esposa.

A cambio de su cruel despotismo, Enrique VIII supo desplegar una hábil política exterior beneficiosa para Inglaterra, y su persona ejerció notable in-



EL JUICIO DE LA REINA CATALINA EN BLACKFRIARS EN EL AÑO 1529

El rey Enrique VIII tenía solamente diez y ocho años de edad cuando casó con Catalina de Aragón, y al cabo de otros tantos de matrimonio se enamoró de Ana Bolena y quiso divorciarse de su esposa. Cuando en 31 de Mayo de 1529 se abrió el juicio en Blackfriars, Catalina se echó a los pies de Enrique, y ante el tribunal hizo una patética apelación a sus sentimientos. Tras largo proceso se anuló el matrimonio, y Ana Bolena, con quien entretanto se había unido el rey en secreto, fué públicamente coronada y reconocida como reina.

flujo en los consejos de Europa, cuyos monarcas hubieron de contar siempre con él en sus empresas, ya como aliado, ya como enemigo.

### DOS REINADOS EFÍMEROS

Sucedió a Enrique VIII su hijo Eduardo VI, niño de nueve años, cuya madre, Juana Seymur, había muerto poco después de darlo a luz. Eduardo, enfermizo y débil, sólo reinó siete años, durante los cuales ocurrieron en el país serios disturbios, de índole agraria y económica.

Mientras reinó Eduardo VI, el gobierno de Inglaterra estuvo primeramente en manos de su tío el duque de Sómerset, que ostentó el título de Protector, y más tarde en las de Northúmberland, que escaló luego el poder. Valiéndose de la intriga el duque de Northúmberland derrocó a Sómerset, logró su ejecución, y, enseñoreado de la voluntad del débil monarca, fué árbitro del reino. Cuando vió que la vida de Eduardo se extinguía, el ambicicioso duque persuadió al soberano a nombrar por sucesora a su nuera Juana Grey, en menoscabo de los derechos de María e Isabel, hermanas de Eduardo, y aun de María Estuardo, reina de Escocia, que, aunque extranjera, podía ostentar por lo menos igual derecho que Juana, ya que una y otra eran respectivamente nietas de Margarita y María, hermanas de Enrique VIII. Juana Grey, mujer de claro entendimiento y además muy instruída, vióse obligada por su suegro a aceptar la corona contra su voluntad, y a la muerte del rey fué proclamada. Sólo reinó nueve días, pues apenas María se dispuso a sostener su derecho, encontró apoyo en el pueblo y sin esfuerzo alguno ocupó el trono. Northúmberland fué ejecutado, y más tarde lo fué también la infeliz Juana, cuyo único delito había consistido «no en ambicionar una corona, sino en no haber sabido rechazarla con suficiente entereza».

### MARÍA LA CATÓLICA

María, que educada por su madre, la piadosa Catalina, en el catolicismo más ferviente, había sufrido en vida de su padre amarguras y humillaciones sin cuento, entre ellas la de verse obligada a reconocer que el matrimonio de su madre era ilícito y ella hija ilegítima, se dispuso, apenas ocupó el trono, a resarcirse con creces de los sinsabores pasados y a detener los progresos que la Reforma iba haciendo en el país. Declaró guerra a muerte al protestantismo, sacrificó a su intolerancia religiosa a innumerables víctimas; y ayudada, o mejor, dirigida por su esposo Felipe, el futuro rey de España, a quien amaba con verdadera locura, trató de anular las disposiciones de Enrique VIII y volver las cosas a su primitivo estado, sometiendo de nuevo el reino a la obediencia del papa. Su pariente el cardenal Reinaldo Polo fué el encargado de recibir la sumisión del Parlamento, cuyos miembros recibieron a su vez de rodillas el perdón del pontífice, con una humildad que trae a nuestra memoria la que Juan *Sin Tierra* mostró ante otro legado papal tres siglos antes.

La reina María, que con su política interior de represión y violencia (a la cual debe el nombre de *sanguinaria* que le dan los protestantes) provocó el descontento del pueblo, fué poco afortunada en el exterior, pues en su tiempo perdió Inglaterra la plaza de Calais, «el más rico joyel de la corona inglesa» y última posesión británica que quedaba en territorio francés.

### LA ERA ISABELINA

Mientras reinó María, su hermana Isabel, la hija de Ana Bolena, consciente del peligro que corría en su calidad de protestante, tuvo que contemporizar con ella, ya que a merced suya estaba; pero cuando, a la muerte de María, se vió dueña del trono, al que subió acompañada del favor popular, desplegó la política que era de esperar de sus ideas y de su temperamento, e imprimió un nuevo rumbo a los sucesos. Isabel había heredado el talento de su padre; era, como él, instruída, tanto que a los quince años tradujo al latín, al francés y al italiano cierto devocionario compuesto en inglés por su madrastra

# EL ADIÓS DE UNA REINA A FRANCIA

En 1561, María, reina de Escocia, que por muerte de su esposo dejó de serlo de Francia, hubo de tornarse a su país. Embarcóse en Calais, y haciendo preparar su lecho en la cubierta del buque, rogó que la despertaran a la mañana siguiente para dar el último adiós a Francia. En este cuadro la vemos contemplando el país de sus amores, y murmurando: ¡Adiós, Francia querida! ¡Ya no te veré más! Sobrevinieron en su reino graves trastornos, y, a consecuencia de los complots urdidos para sentarla en el trono de Inglaterra, María fué condenada a muerte por orden de su parienta Isabel.

Catalina Parr, y más adelante supo contestar en griego a los discursos universitarios; de igual modo que Enrique VIII, se mostró voluntariosa y altiva, y de la energía y entereza de su varonil carácter nos dan idea cabal estas palabras que dirigió en Tilbury a sus soldados: « Aunque contempláis en mí a una debil mujer, tengo el corazón de un rey, y de un rey de Inglaterra ».

No es de extrañar, pues, que esta mujer se impusiera en breve a todo el mundo. Fué su reinado el reverso de la medalla del de su hermana María. Avanzando un paso más en el camino emprendido por su padre, que parecía contentarse con un « catolicismo sin papa », implantó francamente el protestantismo en Inglaterra, reprimió con mano dura las intentonas de los papistas; fomentó la rebeldía de los Países Bajos contra España, con cuyo rey Felipe II hubo de sostener una guerra marítima a la que Hawkins y Drake dieron un carácter pirático; y, viendo o pretextando ver en todas partes conspiraciones contra su trono y contra su propia vida, manchó su reinado con actos tan execrables como la ejecución de María Estuardo, que indefensa, llegó a ponerse en sus manos. Era María hija de Jacobo V de Escocia y nieta de Jacobo IV, quien, como recordaremos, había tenido por esposa a Margarita Tudor, hermana de Enrique VIII. Casada con Francisco II de Francia, vióse obligada, cuando murió su marido, a regresar a su reino, donde el catolicismo de que hacía gala y la punible conducta que observó en el hogar doméstico, originaron revueltas que dieron lugar a su destronamiento y prisión. Logró fugarse del castillo de Lochleven y, perdida en Langside toda esperanza de recobrar su corona, se refugió en la corte de Isabel, la cual fingió acogerla bajo su protección; pero en realidad formó el designio de deshacerse de ella, porque constituía un peligro para el trono. Así en la primera ocasión que pudo aprovechar para acusarla de conspirar contra ella en connivencia con Felipe II y los católicos, la hizo juzgar por un tribunal que la condenó a muerte, y la infortunada reina de Escocia fué sacrificada a las miras políticas de Isabel.

Ésta se negó siempre a casarse, porque, según decía, « sólo debía ser esposa de su pueblo »; y aunque por tal circunstancia se la suele llamar *la reina virgen*, es lo cierto que fué muy aficionada a la vida ostentosa de lujo y de placeres que su alta jerarquía le brindaba, teniendo numerosos favoritos y viviendo en plena galantería; y como su espíritu era en extremo sensible a la adulación y a la lisonja, cuesta trabajo creer que su virtud no sufriera jamás flaqueza alguna. De su reinado se muestran orgullosos los ingleses, pues marca el siglo de oro de su literatura, en que florecieron ingenios tan esclarecidos como Spencer, Sidney y Shakespeare, y en él comenzó el verdadero poderío marítimo de Inglaterra, por las audaces empresas de Drake, Hawkins y Raleigh.

## Los preludios de la guerra civil

Muerta Isabel sin sucesores directos, ocupó el trono inglés Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo, a quien correspondía de derecho; y, merced a esta feliz circunstancia, quedó al fin realizada sin esfuerzo la unión de los dos reinos de la Gran Bretaña, soñada por Eduardo I, trescientos años atrás.

Con Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra comenzó en esta nación la era de los Estuardos, en que se echaron los cimientos del poderío colonial inglés. Por esta época todos los países del este del Atlántico tenían la vista y el pensamiento fijos en el Nuevo Mundo. Gualterio Raleigh, en nombre de Inglaterra, había tomado posesión de Virginia, nombre que él dió a la primera colonia inglesa en honor de la reina Isabel; España, Portugal, Holanda y Francia, todas tenían dominios a ambos lados del Océano; y la ambición de cada una de ellas por hacerse dueña de los mares suscitó una serie de guerras en que estuvieron envueltas cerca de doscientos años las cinco grandes potencias Europeas y que, al fin, dieron el predominio



Este cuadro, del gran artista sir J. E. Millais, representa una escena de la infancia de sir Gualterio Raleigh, quien después fué intrépido explorador. Sentado con su compañero de recreos, a la orilla del mar, escucha con atención a un marinero que les habla de las maravillosas tierras de allende el Océano.

Una mañana de Mayo de 1497, zarparon de Bristol Juan y Sebastian Cabot. En este cuadro, de Ernesto Board, vemos cómo el pueblo inglés despide a los famosos aventureros. Las naves hicieron rumbo al nordeste, con esperanza de llegar a las costas de China, y en este viaje se descubrió la isla de Terranova.

a Inglaterra que en la época presente ha llegado a poseer mayor número de barcos y territorios coloniales más extensos, que ninguna otra nación.

Jacobo I tenía ideas más autocráticas aun que los Tudores acerca de los derechos del poder de los reyes: creía que el soberano podía gobernar como le pluguiese, y que por el hecho de ser jefe del Estado no obraba mal haciendo su voluntad. Esta funesta creencia, que él transmitió a sus hijos, causó grandes trastornos en Inglaterra, cuyas libertades sufrieron menoscabo una vez más. Así menudearon los complots, y todavía se recuerda anualmente en Londres la famosa «conspiración de la pólvora», tramada para asesinar a Jacobo por medio de barriles llenos de esta substancia, los cuales, colocados en los sótanos de la Cámara de los Lores, habían de estallar en el momento oportuno. Al mismo tiempo, la intolerancia religiosa determinó la emigración de los que preferían una forma de culto más sencilla que la usada en Inglaterra; y el episodio de los heroicos peregrinos del *Mayflower*, que arrostrando en un mal barco las iras del Atlántico fueron a buscar en el norte de América la libertad que en el patrio solar se les negaba, es la condenación más terminante del sistema político de Jacobo.

Otra equivocación de éste fué el plan ideado para la incorporación de Irlanda, consistente en despojar de sus tierras a los propietarios del Úlster y establecer en ellas colonos ingleses y escoceses, siendo así causa de que aun a la hora presente se mantengan vivos ciertos odios y de que el problema irlandés diste mucho de estar definitivamente resuelto en Inglaterra.

## LA LUCHA ENTRE EL REY Y EL PUEBLO

Cuando murió Jacobo I, subió al trono su segundo hijo Carlos, pues el primogénito Enrique había muerto antes que él, y pronto el nuevo rey dió muestras de ser más autócrata todavía que su padre. Porque la Cámara de los Comunes se resistió a convertirse en instrumento suyo, disolvió el Parlamento y gobernó personalmente por espacio de doce años, durante los cuales fueron para él letra muerta las libertades de la nación, y numerosos ingleses hubieron de seguir el camino de los emigrantes del *Mayflower* a través del Atlántico. Carlos irritó al pueblo exigiéndole tributos que no legitimaba ley alguna; y cuando, por resistirse a pagarlos, fué procesado Juan Hámpden, comenzó a exteriorizarse el descontento. Al reunirse, por fin, el Parlamento, la vibrante elocuencia de Pym acabó de enardecer los ánimos, y el día que el rey exasperado exigió a la Cámara que le fuesen entregados el popular caudillo y sus amigos, estalló la amenazante tormenta. Alzóse el pueblo en armas y comenzó la lucha del Parlamento y la nación unidos contra el rey y la nobleza.

Surgió entonces la primera figura de la época en la persona de Oliverio Crómwell, que, abandonando sus haciendas de Húntingdon, corrió a ocupar su asiento en el Parlamento, organizó un ejército valiente y disciplinado, y se dispuso a llevar el peso de la campaña. «Confiad en Dios y conservad seca la pólvora», fue la orden dada cierto día a sus tropas al cruzar un río; y, con un hombre de su temple por caudillo, los famosos *ironsides* lograron hacer proezas, tanto que al fin de la guerra pudo él decir con justicia que jamás habían sido batidos en toda regla.

Las cosas marcharon mal para Carlos. La suerte no se le mostró propicia, y, de derrota en derrota fué a caer al cabo en manos de sus enemigos. Hízosele comparecer ante un tribunal que le acusó de haber detentado la libertad de Inglaterra y le declaró responsable de la sangre vertida por tal causa; y, condenado a muerte, supo sufrirla con una dignidad que conmovió aún a los que le odiaban. ¡Triste destino de un rey que había subido al trono en las más favorables circunstancias y a quien sólo perdió su falsa idea acerca de la real prerrogativa!.

## CRÓMWELL PROTECTOR

Once años pasó Inglaterra sin rey convertida en un Estado libre, cuyo



Carlos Estuardo creía que los reyes jamás obraban mal haciendo cuanto se les antojase; y cuando ocupó el trono de Inglaterra holló los derechos de la nación y no se cuidó ni poco ni mucho de la libertad del pueblo. Éste se rebeló contra aquella tiranía, y en unión del Parlamento, contendió con el rey y la nobleza. En el grabado vemos a Carlos I alzando su estandarte en Nóttingham, al comenzar la guerra civil.




El rey Carlos, que había osado desafiar a su pueblo, fué perseguido por todo el reino. Oliverio Cromwell, sencillo hacendado provinciano que tenía asiento en el Parlamento, dejando sus praderas y sus campos, organizó un admirable ejército que libró con el rey batalla tras batalla y lo derrotó siempre. Por fin cayó Carlos prisionero, y, juzgado como traidor en el Salón de Wéstminster, fué condenado a muerte. El grabado representa al rey saliendo del salón en que se celebró el juicio.

gobierno residió en el pueblo. El Parlamento y el ejército tuvieron mucha fuerza en esos años; pero el hombre que realmente rigió los destinos de la nación fué Crómwell, que ostentó el título de Protector, y con su resolución y su energía procuró mantener el orden interior y extender el poderío exterior de Inglaterra. El gran poeta Milton fúe uno de sus ministros.

A la muerte de Carlos I, Irlanda y Escocia se pronunciaron por su hijo; y Crómwell usó de medidas tan severas y crueles para sofocar la rebelión, que aun hoy su nombre es execrado en Irlanda, y los terribles sucesos de aquellos luctuosos días se recuerdan con horror. El príncipe Carlos intentó reinar, pero nada pudo contra el poder de Crómwell: derrotado en Wórcester, tuvo que huir a Francia, no sin correr graves riesgos, y allí decidió aguardar mejores tiempos.

Entre los hombres de este período debemos citar algunos cuyos nombres llenan, con el de Crómwell, la historia de su tiempo. Fueron dos de ellos Ireton, su cuñado, y Bradshaw, que fué quien pronunció estas valientes palabras cuando Crómwell, irritado, decidió disolver el Parlamento Largo: «Os engañáis si creéis disuelto el Parlamento. Ningún poder hay en la tierra capaz de disolverlo, fuera del propio Parlamento: tened esto por seguro». Figura al lado de éstos el almirante Blake, el intrépido marino que, en las guerras con Holanda y España, dió a Inglaterra días de gloria y que murió cuando su buque entraba en el puerto de Plymouth, después de su última victoria. Y, finalmente, haremos especial mención del general Monck, el gran soldado parlamentario, que luchó al lado de Blake en el mar y ayudó en tierra a Crómwell a sofocar rebeliones en Irlanda y en Escocia. Él fué quien, muerto el Protector, tomó parte en la restauración de los Estuardos y favoreció el regreso del hijo de Carlos I y su advenimiento al trono con el nombre de Carlos II.

LA VUELTA DE LOS ESTUARDOS ES BIEN ACOGIDA EN INGLATERRA



El hijo de Carlos I intentó reinar a la muerte de su padre; pero Crómwell era demasiado poderoso, y Carlos perseguido y derrotado, tuvo que huir a Francia a esperar mejores tiempos. Once años después volvió, y este grabado nos pinta su desembarco en Inglaterra. El pueblo, olvidando los agravios que le habían inferido los Estuardos y habiendo sido gobernado por Crómwell con mano dura, recibe con alegría a Carlos que fué proclamado rey.

## LA RESTAURACIÓN

Pero el nuevo rey no pudo o no supo corresponder a las esperanzas de su pueblo; y éstas fueron una vez más defraudadas. Delegando toda su autoridad en el famoso «Ministerio de la Cábala», que gobernó a su sabor a Inglaterra, Carlos II se cuidó tan sólo de su persona y vivió rodeado de placeres que costaron grandes sumas al Estado; y esta conducta, juntamente con el odio que siempre demostró a los puritanos y su aproximación al catolicismo, acabó por hacerle impopular. Algo bueno, sin embargo, quedó de su reinado, y ello fué la ley de *Habeas Corpus*, verdadera ley de garantías en la cual se estableció que todo ciudadano, detenido o preso habría de comparecer inmediata y públicamente ante un juez o tribunal para que, oyéndole, éste resolviese si su arresto había sido legal o no, y si debía alzarse o mantenerse.

LA GRAN PESTE QUE AZOTÓ A LONDRES

En la terrible época de los Estuardos, cuando extinguido el poder de los puritanos ocupaba Carlos II el trono de sus antecesores, causó estragos en Londres una espantosa peste que arrebató la vida a millares de hombres, mujeres y niños. Muchos sentíanse enfermos tan súbitamente y morían tan pronto, que no había medios de salvarlos; este grabado, que representa el traslado de una criatura a algún punto lejano de la infestada ciudad, nos da idea de las tristezas por que pasó el pueblo inglés en aquellos calamitosos tiempos.

Reinando Carlos II, padeció Londres la peste que segó la vida a millares de personas y fué seguida del gran incendio que en medio de su horrorosa grandeza, puede calificarse de providencial, pues devorando cuatrocientas calles y trece mil edificios, borró toda huella de las miserias pasadas, y dió ocasión a que de los escombros surgiera una ciudad nueva.

A la sazón, la marcha de los asuntos exteriores de Inglaterra no era muy satisfactoria; pero en cambio la industria adquirió gran desarrollo. A los antiguos obreros flamencos, que habían contribuído a fomentar la industria lanera en Inglaterra, siguieron los de otras nacionalidades, principalmente franceses, que, huyendo de las persecuciones religiosas, buscaban refugio en las Islas Británicas, y la industria de la seda floreció pronto en Londres. En tiempo de los Estuardos se establecieron en Léicester y en Nóttingham

grandes fábricas de hilados servidas por muchos miles de obreros, y comenzó a tomar cuerpo la industria de tejidos de hilo y de algodón, aunque no en muy grande escala, pues esta última materia, que era de importación extranjera, se empleaba casi toda para fabricar torcidas. En el siglo XVII comenzó a usarse la hulla y a reemplazar con ella la leña y el carbón vegetal en la fundición del hierro. Bírmingham llegó a ser pronto una población fabril; dióse gran impulso a la construcción de barcos, y no tardaron en adquirir importancia los astilleros de Déptford y Wólwich, donde la sierra y el martillo trabajaron sin descanso en construir las *murallas de madera de la Vieja Inglaterra*.

Al morir Carlos II le sucedió en el trono su hermano Jacobo II, cuyo reinado fué breve, pues sus menguadas dotes de gobierno y su falta de tacto al tomar, como Carlos, dinero del rey de Francia y querer hacer cosas que pugnaban con los derechos del pueblo, determinaron al cabo la franca rebelión de éste, que ofreció la corona a Guillermo de Orange, el estatúder de Holanda, esposo de María, la hija mayor del rey Jacobo. Al ver perdido el trono de su marido, la reina María de Módena huyó a Francia con su hijo, a quien sus partidarios llamaron siempre Jacobo III, pero que la historia denomina « el viejo Pretendiente », como llama a su hijo « el joven Pretendiente », porque tanto el uno como el otro fracasaron en cuantas tentativas hicieron para recobrar el trono de sus mayores, perdido por Jacobo II.

En los comienzos del reinado de Guillermo III y su esposa María, se aprobó una ley que dejó bien deslindadas las atribuciones del soberano, y vino a proclamar los principios que tanta sangre habían costado desde los tiempos de Juan *Sin Tierra*, a saber: que la función legislativa era propia y privativa del Parlamento; que éste era quien debía fijar el sistema tributario; y que en él debía existir la absoluta libertad de la palabra.

Francia ayudó a Jacobo a alzar la bandera en Irlanda, pero Guillermo lo venció en el Boyne; y los escoceses, que también combatieron al nuevo soberano, hubieron de deponer, al fin, las armas al ver la inutilidad de sus esfuerzos.

Ana, hermana de María, sucedió a su cuñado Guillermo; y en el mismo año (1702) estalló una gran guerra con Francia. Luis XIV, que en todos sus actos se había mostrado siempre enemigo de Inglaterra, quería que su nieto Felipe V de España pudiera sucederle en el trono francés; y, como ello habría hecho de Francia la nación más potente de Europa, Holanda, Inglaterra y casi todos los príncipes alemanes se coligaron contra él. Los brillantes triunfos que en esta campaña obtuvo el duque de Marlborough dieron a Inglaterra la seguridad de que no se unirían las coronas de Francia y España, y de que el pretendiente Estuardo no recibiría ya ninguna ayuda, a lo que se agregó el derecho de enviar un buque anual al mar del Sur.

Durante esta guerra se efectuó la unión de Escocia e Inglaterra, bajo el nombre de Gran Bretaña. Solemne día fué el de la primera reunión del Parlamento británico presidido por la reina Ana. A la cruz blanca de San Andrés en fondo azul, acababa de unirse en la bandera la roja de San Jorge, en fondo blanco. Pero la « Unión Jack », como los ingleses llaman a la unión de las Islas Británicas, aun no quedaba completa. Esta gloria estaba reservada a Pitt, el gran ministro de Jorge III.

## EL SIGLO XVIII

La reina Ana fué el último Estuardo que ciñó la corona de Inglaterra, y su cetro, al morir ella, pasó a manos de un pariente lejano que reinaba en Hannover. Fué este Jorge I, hombre corto de instrucción, que no hablaba el inglés y que, atendiendo más a sus gustos personales que al interés general, dejó que gobernaran sus ministros. Afortunadamente uno de ellos fué Walpole, quien supo administrar bien y conservar en Inglaterra una paz que le hacía mucha falta, extenuada como estaba

por las grandes guerras de Marlborough, que la había llevado a ocupar un lugar entre las grandes naciones de Europa. Durante esta paz murió Jorge I, y subió al trono su hijo Jorge II (1727). Floreció el comercio, se acuñó mucha moneda, se hicieron economías, y nuevos marineros y soldados vinieron a reforzar el número de los que existían ya.

Mas no todo fué paz para Inglaterra durante el siglo XVIII, pues, como rival de Francia, hubo de sostener con ella un largo duelo, que sólo tuvo término en la famosa batalla de Waterloo, en 1815. Esta gigantesca lucha en que las dos rivales se disputaron la posesión de las tierras coloniales y el dominio del mar, tuvo por escenario territorios y mares de varias partes del mundo, a causa de que siempre se acechaban y dondequiera que desplegase sus iniciativas una de ellas, se le aparecía la otra y, abierta u ocultamente, se oponía a sus designios.

Hacía tiempo que ambas tenían intereses comerciales en la India, y, como no podía menos de suceder, llegó un día en que chocaron. Allí Clive, el hombre civil a quien la fuerza de las circunstancias convirtió en bizarro militar, sometió a los indios, con lo cual ganóles la partida a los franceses, y en Arcot y en Plassey echó los cimientos del imperio británico en la India. Estos sucesos repercutieron en el Nuevo Mundo, donde Francia e Inglaterra se disputaron al punto cuál de las dos había de quedarse dueña de los territorios de ambas. Perdió Francia; y la toma de Quebec señaló los comienzos del gran dominio inglés del Canadá. Prepáráronse los franceses para invadir la Gran Bretaña, pero el almirante Hawke los batió en Quiberón, alcanzando la marina inglesa un triunfo tan señalado como el ejército lo obtuvo al tomar Wolfe a Quebec.

Corría el último tercio del siglo cuando Inglaterra, a quien, como acabamos de ver, venía sonriéndole la fortuna, tuvo el primer tropiezo en la emancipación de las trece colonias norteamericanas que constituyeron la república de los Estados Unidos. Los colonos querían poseer la autonomía administrativa y que fijase los tributos un Parlamento propio. « No queremos que el Parlamento inglés siga metiendo la mano en nuestros bolsillos », decían. Pero los insensatos ministros de Jorge III, quien había sucedido a su abuelo Jorge II, se obstinaron en fijar los impuestos de América desde Londres, y estalló la guerra de Independencia, en la que Inglaterra recibió una lección de sus colonos, que en 1776 quedaron desligados de la metrópoli y constituídos en nación independiente. Esta nueva nación, que entonces tenía escasamente tres millones de habitantes, cuenta hoy ya con más de ciento y es una de las más grandes potencias.

Unos doce años después de constituirse la república de los Estados Unidos, se alzó el pueblo francés contra la opresión que sobre él ejercían el rey y la nobleza, y de la gran revolución que hizo rodar la cabeza del monarca y conmovió los cimientos políticos de la vieja Europa, surgió un hombre que caminando de triunfo en triunfo llegó a hacerse dueño de los destinos del mundo. Fué éste Napoleón, uno de los gigantes de la historia, cuyo odio a Inglaterra se tradujo en planes de invasión y de conquista que, a pesar de su genio y de la fortuna que siempre acompañaba a sus empresas, no logró realizar. Por mar no pudo vencer a Nelson, que derrotó a los franceses en las batallas del Nilo y de Trafalgar, si bien perdió en esta última la vida; y por tierra, los reveses que sufrió en Rusia y en España después de haber deshecho una tras otras varias coaliciones y de quedar triunfante en cien batallas, le llevaron al fin a Waterloo, donde Wéllington y Blücher hundieron para siempre el poder de aquel coloso.

A la caída del imperio napoleónico siguió una larga paz, durante la cual murió el anciano rey Jorge III y subió al trono su hijo Jorge IV, que hacía unos cuantos años gobernaba ya el país en calidad de regente, a causa de la enfermedad mental que padecía su padre. Reinando éste hubo muchos disturbios

en Irlanda, donde los católicos, que constituían la mayoría de la nación, estaban incapacitados para ejercer cargos públicos y sufrían persecuciones de los protestantes a quienes amparaban las leyes. Pitt, en vista del creciente malestar que se sentía en la isla, agravado con las injustas disposiciones administrativas del Gobierno británico, que venía a hacer de Irlanda una colonia, resolvió, a fin de atajar el mal, acometer la doble empresa de unir los dos Parlamentos y abolir las restricciones hasta entonces impuestas a los católicos. Logró a medias salir airoso en su empeño, y en 1801, el Parlamento irlandés fué incorporado al de la Gran Bretaña; los dos reinos unidos recibieron el nombre de *Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda*, y la brillante cruz roja de San Patricio de Irlanda vino a sumarse, en la enseña nacional, a las de San Jorge y San Andrés, quedando al fin completa la « Unión Jack ». No a todos los irlandeses satisfizo la unión, y hoy, al cabo de una centuria, existen aún muchos que se muestran ansiosos de tener en Dublín un Parlamento propio, en vez de enviar hombres a Wéstminster. Éstos forman un numeroso partido, que tiene adeptos en Inglaterra, y se les llama *home rulers*, esto es, autonomistas.

## EL IMPERIO BRITÁNICO

El espíritu de expansión que Inglaterra venía manifestando en sus asuntos exteriores, estaba siempre latente en el interior y pronto a producir sus naturales efectos en toda ocasión propicia. Muerto el último Jorge, le sucedió su hermano Guillermo IV, el rey marino, tras cuyo breve reinado de siete años subió al trono su sobrina, la princesa Victoria, que a la sazón contaba diez y nueve años.

El reinado de Victoria I fué el más largo y también el más próspero de la historia de Inglaterra, porque en él la nación llegó al grado máximo de su engrandecimiento y de su gloria. El florecimiento de ciudades como Londres, Líverpool, Mánchester, Glasgow y Belfast señala el excepcional progreso alcanzado en la Gran Bretaña por la industria y el comercio, base de su actual potencia económica; y la extensa área de tierras coloniales que constituyen el imperio británico nos da idea de cómo el Reino Unido logró en este período el fin tan deseado de ser dueño del mar y ocupar el primer puesto entre las grandes potencias. Mas no por eso se crea que siempre fué llano y estuvo libre de estorbos este camino triunfal seguido por Inglaterra, pues ya por error, ya porque la suerte así lo quiso, sufrió tropiezos tan serios como el de su cooperación en la guerra de Crimea y la revolución de los cipayos. Ocurrieron estos acontecimientos a mediados del siglo XIX.

Largos años de paz exterior habían permitido a Inglaterra atender al orden y al fomento interior, cuando inesperadamente se vió envuelta, juntamente con su antigua rival Francia, en una guerra con Rusia. Ambas temían que esta nación adquiriese demasiado poderío, si realizaba sus planes sobre Turquía, y ambas, para impedirlo, lucharon contra ella en la pequeña península de Crimea. Constituyó esta guerra un grave error, pues sobre costar mucha sangre y no menos dinero, no hizo sino aplazar la solución de la cuestión de Oriente, que a estas fechas se ventila todavía, y en medio de ella se cometieron numerosas torpezas como la de la famosa carga de la caballería ligera en Balaclava, donde los « nobles seiscientos » quedaron reducidos a ciento noventa y ocho. « Magnífica es la hazaña, pero así no se guerrea », dijo un francés, al ver como los jinetes ingleses se lanzaban hacia los cañones rusos, haciendo esteril sacrificio de su vida. Al final de la campaña cayó Sabastopol después de un año de sitio; y el júbilo con que se recibió en Inglaterra la noticia de la paz puso de manifiesto la impopularidad de aquella guerra.

La rebelión de los cipayos hizo también pasar días de angustia a Inglaterra. Hubo momentos en que se temió que el gran imperio de la India, en que, al cabo de cien años de acción perseverante,

# LOS COMIENZOS DE UN LARGO REINADO

Este grabado representa el principio del reinado más largo y próspero de la historia de Inglaterra: el de la reina Victoria. Cuando el rey Guillermo IV murió en Wíndsor, en 1837, despacháronse inmediatamente dos mensajeros para Kénsington Palace, adonde llegaron éstos de madrugada. La princesa Victoria, que a la sazón dormía, fué despertada para recibir la noticia de que desde aquel instante era reina de Inglaterra. Este cuadro, pintado por H. T. Wells, R.A., y que puede verse en la galería Tate de Londres, representa a la joven reina (contaba entonces 18 años) en aquel gran momento de su vida. El reinado de Victoria fué de 64 años.

se habían convertido las fundaciones de Clive, se perdiese enteramente. Residían en diferentes puntos del país muchas familias inglesas, y el ejército colonial se componía en su mayor parte de soldados indígenas, denominados cipayos. Un día, cundió entre éstos la noticia de que se les iba a obligar a abjurar su religión y a renunciar a sus sagradas costumbres, y, sublevándose, asesinaron a sus oficiales e hicieron una horrible matanza entre la población blanca. Cuando Inglaterra logró sofocar el movimiento, consolidó más su imperio; pero de aquellos sucesos sacó, entre otras enseñanzas, la de que ninguna innovación puede hacerse a viva fuerza en las costumbres y modo de ser de un pueblo: aun cuando se trate de una reforma útil y beneficiosa, hay que guiarle siempre, y no arrastrarle hacia ella.

Por un capricho de la suerte, la reina Victoria, que vivió en paz tantos años, atenta al florecimiento de Inglaterra, acabó su dilatado reinado en guerra con el Transvaal, y su hijo Eduardo VII, que le sucedió a su muerte, acaecida en 1901, fué el encargado de hacer la paz con los boers.

## INGLATERRA Y LA GUERRA EUROPEA

Eduardo VII reinó diez años, y en este tiempo hubo una paz completa en Europa; olvidóse en Inglaterra la reciente guerra boer y pareció también adormecerse el genio belicoso de las demás naciones, fieles a las manifestaciones hechas en el Congreso de La Haya. Pero entretanto los armamentos seguían aumentando, pactábanse alianzas y el recelo con que se miraban unas a otras era cada vez mayor. Desde la constitución del imperio alemán, a raíz de la guerra franco-prusiana, Inglaterra venía observando cuidadosamente los progresos de la nación teutona, y con creciente alarma vió, primero la formación de la Triple Alianza, y después la entrada de la ya poderosa Alemania en vías de una franca política mundial, de una ingerencia en todos los asuntos de Europa, que apoyaba con la confianza en su fuerza militar y en su flamante marina de guerra. Ya no era para Inglaterra un peligro posible, sino real y positivo; se trataba de una rival temible, ansiosa de expansión y dispuesta a disputarle su influencia mundial; y comenzó a prepararse. A este fin pactó Eduardo VII una inteligencia con Francia, que suspiraba por el desquite y se había aliado antes con Rusia, y así se formó la *Triple Entente* frente a la Triple Alianza de Alemania, Austria e Italia. Con esto se creyó asegurado en cierto modo el equilibrio europeo y consolidada la paz, por el mutuo temor de las naciones; y esta creencia debió llevarse al sepulcro Eduardo VII, en 1910. Pero el momento terrible se acercaba, y ya al año siguiente de morir Eduardo, a quien había sucedido en el trono su hijo, el actual soberano Jorge V, estuvo a punto de determinar la ruptura el incidente de Agadir, ocurrido entre Alemania y Francia, en el cual ésta puso de su parte cuanto pudo para evitar la catástrofe. Vino luego el conflicto balcánico, que a pesar de resucitar la famosa cuestión de Oriente, terminó sin dar lugar a grandes complicaciones; y cuando nadie lo esperaba, hizo explosión la mina, viniendo a servir de mecha el crimen de Sarajevo, cometido en las personas del príncipe Francisco Fernando, heredero de la corona de Austria, y su esposa, que, en 28 de Junio de 1914, fueron asesinados por dos servios. Austria declaró la guerra a Servia; y como Rusia se dispuso a ayudar a ésta, Alemania declaró la guerra a Rusia y a su aliada Francia; entonces Inglaterra creyó que era deber suyo intervenir en el conflicto, y declaró la guerra a Alemania, con lo cual las dos rivales vinieron, por fin, a ponerse frente a frente.

En otro lugar hablamos con detalle de la guerra y sus resultados. Aquí bastará añadir que, con el apoyo de sus colonias, Inglaterra contribuyó al triunfo alcanzado por la *Entente*, mostrando una capacidad de sufrimiento y energía dignas de su historia.